

“Salve Dolorosa”, de Sonia Caicheo

JUAN ANTONIO MASSONE

Inseguiblemente, toda poesía emprende la tarea de convocar presencias. Algunas de estas tienen semblante inquieto; otras, en cambio, serenas, se propagan, resonan luminosidad de lluvia o tristeza, tal vez de gorjeo aviso de la fragilidad de una presencia.

Desde que publicara “Flora de Ilavita” (1977), “Reportando sombras” (1984) y “Rabelais en el cielo” (1991), Sonia Caicheo, profesora por vocación y escritora encarnada y establecida con su tierra insular, conjura presencias queribles y, sobre todo, las de imposible olvido. Sólo que estas presencias y sombras apondrían de su sensibilidad de mujer y de escritora a colarse la materialidad de las formas insulares chilenas. Tal intimismo aclara desde un principio el horizonte animador de esta escritora, pese de las circunstancias aprehendiendo mensajes que son silencios, que son gestos, que son un llamado de secretos y designios.

“Salve Dolorosa” abre un pótico de dos hojas, de comprensivo cariño como son las palabras interadoras con que sus hijos Francisco y Marcia saludan los textos, ponderan a la autora en tanto madre y mujer de mercadeo acierto de servicio y de sensibilidad sin alivio, mientras invitan en buena gresca a conocer las estaciones de una escritora tradicional, el “Dios te salve, Reina y Madre...”, negativa con que se acompañan memorias, se celebran confirmaciones de vida y, desde luego, queda abierta la ventana para que el viento y el graznido de los pájaros franequen los vanos de la carto ro de la soledad.

Más allá está el mar, el pasado, el vuelo de otras aves y la mirada puntiaguda y venenosa para esas muertes en quienes hace hincapié la autora. Los visillos son párpados y las puertas protegen la intimidad recogida en abandono, en vejez, en soledad y en la vigorosa y siempre punzadísima

en los que cada quien puede reconocerme persona. Así, madres y desprendimientos adioses cumplen con ser los actos cardinales de existencias que agradecieron a cultivar, a trabajar, a querer, y a vivir las con súbitos cambios en las constumbres de la dimensión.

Sonia Caicheo no vocifera, declara poemas en las páginas como quien pronuncia las oraciones de un rosario junto a otras mujeres, expertas en vivir las reiteraciones si rezables de saberes como no son los inmemoriales y los propios en que suspiran pensamientos de la tarde con la restitución solemne de un rito de entraña y de esperanza:

“Bella es la erguida hasta los muelles/ la Elvira Paredes/ La encorvada es la Juana/ La que titila en su báculo/ La Elvira Pérez/ Todas ovilladas en algas verdes/ Todas cantaron/ Gritaron el rumbo de los días/ Ternuras se esperan para la mitad de enero/ Perforaron su boca/ Su rogap herida a rajatabla/ Por las costuras nacidas/ Relampaguea la boca de la muerte/ A veces apura al celador/ O se enferman/ Luego caen al paso del silencio”.

(“Hogar de señoras”)

La voz poética en un tacto en que recalan, por un instante, las fagazas visibles de la presencia invisible que posee lo vivo bajo el sol. Y esa primera voz pronuncia, de este mundo, aquél sensible e inconstante trencar y des trenzarse de la existencia, similar a ese chal del poema, donde el vivir crece en forma de fiestamilla, pero también en alma que secreta y que, de a poco, conocida revelará su secreto personal en cada quién.

Invierte en este libro de Sonia Caicheo la concisión y la pertenencia a un mundo apenas percibido por la prisa silenciosa de quienes van a ninguna parte, pero muy portorchadas de tecnología y firmacos de última generación, como se dice ahora. Pertenece a tal categoría de proximidad identificativa que desbarata, altera nuevemente, toda posesión de

en “Salve Dolorosa” el círculo de silencios que rodean el tiempo femenino del poemario, lo mismo las inmediaciones que los silencios, la violencia y la fuerza que se le opone en el reconocimiento, que así como la confina, también la protege. Elogio impíctico, los poemas de Sonia Caicheo tropiezan la soledad, se hacen presentes como visita o regreso, consuelos y exagerados, prolongan el gusto de la escritura angelando la rotundidad poética con que se expone el desconsolado destino de quienes, como la “Rubia Mery”, amarran la jornada con el agrievante de la deshoja o la desolación.

A esa voz conservadora de convocatoria y abusión le acompaña y coexiste una segunda que, en calidad de preo, busca restituir en la madre de Andes los dolores de la soledad herida, de la que tanto supo ella, y de la debilidad que busca resiliencia en quienes, como María la Madre, puede bañar amero cada uno de los “descendidos hijos de Eva”, como dice la antigua oración que sirve de epígrafe a las cuatro secciones del libro.

Las dos voces del libro parten propulsadas en una misma invocación de temura. La pequeña en grande por obra del afecto, pese de un afecto sin vassallaje de retribución. En este sentido, la palabro poética se desentiende de aprobaciones porque recoge un voz lo humano en el sentido que suma dignidad y defiende la pureza del sollozo;

“No tengo cuento para sonrisas de torno/ Ni alzano/ Que repartir a destajo/ En los balsas y hasta pronto/ Bajo siente llaves/ El consejo de esta palabra/ El beso/ Que socari los ojos de los tristes/ Con sus manos encuerda/ En las tardes de frío”.

(“No tengo cuento para sonrisas de torno”)

Sin arrogancia ni placebo, la autora no pretendo más que sacar la voz para, quizás, saltar una densa densidad de silencios compre-

"Salve dolorosa", de Sonia Caicheo [artículo] Juan Antonio Massone

Libros y documentos

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Salve dolorosa", de Sonia Caicheo [artículo] Juan Antonio Massone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)